

# Cuadernos del Concilio 8



DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN  
SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES  
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO

Vivir la liturgia en la parroquia  
(SC 40-46)

# **Cuadernos del Concilio**

**Vivir la liturgia en la parroquia  
(SC 40-46)**

**Samuele Ugo Riva**



## Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.

Prol. Misterios 26, Tepeyac Insurgentes,  
alcaldía Gustavo A. Madero,  
C. P. 07020, Ciudad de México  
Tel. 55 57 81 84 62  
www.cem.org.mx

Los volúmenes de esta serie fueron editados por el «Dicasterio para la Evangelización. Sección para las cuestiones fundamentales de la evangelización en el mundo».

D. R. © 2023 Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.  
D. R. © 2022 by Dicastero per l'Evangelizzazione Sezione per le questioni fondamentali dell'evangelizzazione nel mondo  
Derechos cedidos a la Conferencia del Episcopado Mexicano para su publicación  
Director de la edición en castellano: Juan Carlos Casas García

## Vivir la liturgia en la parroquia (SC 40-46)

**Autor: Samuele Ugo Riva**

Primera edición (castellana) 2023

ISBN: 978-607-7837-44-2

## Editorial NUN

Es una marca de Editorial Notas Universitarias, S. A. de C. V.  
Xocotla 17, Tlalpan Centro II, alcaldía Tlalpan,  
C. P. 14000, Ciudad de México  
www.editorialnun.com.mx

El contenido de este libro es responsabilidad del autor.

Derechos reservados conforme a la ley. No se permite la reproducción total o parcial de esta publicación, ni registrarse o transmitirse por un sistema de recuperación de información, por ningún medio o forma, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electro-óptico, fotocopia, grabación o cualquier otro sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 242 y siguientes del Código Penal).  
Impreso en México.

# ÍNDICE

<b>Introducción</b>	9
Una experiencia llena de fragancia y sabor	10
Crisis de la liturgia	11
El corazón en y de la liturgia	12
Un cuerpo celebrando a la Cabeza	12
Una premisa final, no de mérito, sino de método	14
<b>Capítulo 1: Elogio de la adaptación</b>	15
De la adaptación a la inculturación	15
La liturgia: un medio para asegurar la contemporaneidad con Jesucristo	16
La liturgia es un «memorial» que da acceso desde el tiempo a lo eterno	18
Adaptación... para que el Misterio sea comunicable y participativo	19
Sacrosanctum Concilium n° 40	20
Una sugerente elaboración teológica	21
Un pequeño glosario	21
Una Iglesia mater et magistra en generar y educar	24
<b>Capítulo 2: La Liturgia, Don y Compromiso para la Iglesia diocesana y la comunidad parroquial</b>	25
La facultad de alabar	25
El compromiso de alabar con arte	27
El cuidado de la liturgia en la catedral	30
El cuidado de la liturgia en las parroquias	32
Domingo, milagro vivo de la Iglesia	33

<b>Capítulo 3: <i>Liturgia crescit cum orante</i></b>	35
Una liturgia vibrante	35
En la escuela de los buenos maestros	37
<b>Capítulo 4: ¿Quién es el responsable de la liturgia?</b>	39
Repensar las comisiones	39
Comisiones, pero no compartimentadas	41
La Iglesia necesita una nueva generación de «liturgistas»	44
<b>Epílogo</b>	47
<b>Apéndice</b>	49
<b><i>Sacrosantum concilium</i> (40-46)</b>	49

## CUADERNOS DEL CONCILIO

1. El Concilio Vaticano II: historia y significado para la Iglesia

### *Dei Verbum*

2. La revelación como Palabra de Dios (DV 1-5)
3. La Tradición (DV 7-10)
4. La inspiración (DV 11-13)
5. La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia (DV 21-26)

### *Sacrosantum Concilium*

6. La liturgia en el misterio de la Iglesia (SC 1-2. 7-13)
7. La Sagrada Escritura en la liturgia (SC 24-35)
8. Vivir la liturgia en parroquia (SC 40-46)
9. El misterio eucarístico (SC 47-58)
10. La Liturgia de las Horas (SC 83-101)
11. Los Sacramentos (SC 59-81)
12. El Domingo (SC 106)
13. Los tiempos fuertes del Año Litúrgico (SC 102. 109-111)
14. La música en la liturgia (SC 112-121)

### *Lumen gentium*

15. El misterio de la Iglesia (LG 1-5)
16. Las imágenes de la Iglesia (LG 6-8)
17. El pueblo de Dios (LG 9-16)



## INTRODUCCIÓN

18. La Iglesia es para la evangelización (LG 17)
19. El papa, los obispos, los sacerdotes y los diáconos (LG 18-29)
20. Los laicos (LG 30-38)
21. La vida consagrada (LG 43-47)
22. La santidad, vocación universal (LG 39-42)
23. La Iglesia peregrina hacia la plenitud (LG 48-51)
24. Maria, la primera de las creyentes (LG 52-69)

### *Gaudium et spes*

25. La Iglesia en el mundo de hoy (GS 1-3)
26. El sentido de la vida (GS 4)
27. La sociedad de los hombres (GS 23-32)
28. Autonomía y servicio (GS 33-45)
29. La familia (GS 47-52)
30. La cultura (GS 53-62)
31. La economía y las finanzas (GS 63-72)
32. La política (GS 73-76)
33. El diálogo como instrumento (GS 83-93)
34. La paz (GS 77-82)

He aceptado con gran placer la invitación que me ha hecho monseñor Rino Fisichella -a quien tengo el honor de considerar un querido amigo desde hace mucho tiempo- de escribir esta modesta contribución para ayudar a los más jóvenes a captar y aceptar algunos mensajes fundamentales del Concilio Ecuménico Vaticano II, del que me siento hijo. Y, al recoger algunas ideas para proponer, han pasado ante mis ojos muchos rostros de muchachos y jóvenes que, en casi cuarenta años de sacerdocio, he tenido la gracia de encontrar, conocer y acompañar en su crecimiento humano y cristiano. Al recordar sus rostros, he sentido en el corazón sus emociones, sus sonrisas y sus lágrimas, que han llenado tantas celebraciones, tantas fiestas, tantos momentos especiales de sus vidas, tantos encuentros con el Señor que han dejado una huella indeleble, tantas experiencias fuertes que han cambiado profundamente a quienes las viven.<sup>1</sup>

Es pensando en estos muchos jóvenes, es recordando lo poco que he podido dar y lo mucho que he recibido de ellos, que escribo estas notas. Es como si me volviera una y otra vez hacia ellos, captando y acogiendo sus preguntas, su necesidad

---

<sup>1</sup> Cf. GADAMER H.G., *Verità e metodo*, Bompiani, Milano 1997, 542.

de sentido, su hambre y su sed de autenticidad, su búsqueda de la verdad, todavía capaz de liberarlos, su gusto por celebrar «en espíritu y en verdad» (Jn. 4,23), lo que me ha motivado toda la vida a dedicarme a la profundización de la liturgia y al cuidado de la pastoral litúrgica, en el espíritu de la Regla de San Benito, que exhorta a los discípulos del Señor Benito, que así exhorta a los discípulos del Señor: «*Nihil operi Dei praeponatur* [Que nada se anteponga a la obra de Dios]»<sup>2</sup> convencido como estaba de la eminencia de la liturgia. Por eso resuena en mi espíritu en este momento la exhortación del Apóstol: «Adorad al Señor, Cristo, en vuestros corazones» (1 Pe. 3,15), me la repito a mí mismo, y a todos los lectores. Pero antes de iniciar el camino para desarrollar un tema convincente, hay que poner de relieve algunas premisas.

#### *Una experiencia llena de fragancia y sabor*

Una de las experiencias más «perfumadas», significativas y sabrosas de que pueden disfrutar las comunidades cristianas, y que están en el centro y en el corazón de su vida y vitalidad, es la de la liturgia, quizá la única capaz de cumplir holísticamente múltiples funciones: sabe alimentar la mente, tocar el corazón, suscitar emoción y conmoción, mover a ese asombro que es la premisa más auténtica y significativa de la fe, inducir a la caridad y proporcionar motivación y fuerza para vivirla heroicamente. La liturgia se encuentra hoy en una especie de encrucijada y puede tomar fácilmente dos caminos irreconciliables: el de ser fascinante -si se celebra y se vive en su verdad- y el de ser repulsiva -si se celebra sin motivación, arrastrada, cansada, aburrida, pedante y tediosa, capaz de exudar la poca fe y el poco amor de sus protagonistas, presbíteros y laicos, ministros y fieles-. Una de las acusaciones más deprimentes que se nos pueden hacer, como creyentes,

<sup>2</sup> BENITO DE NURSIA, *Regla monástica*, IV, 21

es la de ser «*ateos practicantes*». Necesitamos redescubrir la fragancia y el sabor más auténticos de la liturgia, mediante una renovación y una profundización de la fe.

#### *Crisis de la liturgia*

La liturgia vive su propia y profunda crisis, detectable en la desafección de muchos bautizados, que la condenan a la irrelevancia en sus vidas, determinada, por tanto, por una crisis de fe. Debería ser, en cambio, uno de los patrimonios más apreciados, protegidos, custodiados y promovidos por las comunidades cristianas, parroquiales o no. Sin embargo, sucede que grupos, movimientos, asociaciones, histriones, capaces de elaborar un lenguaje «litúrgico» propio, específico y cautivador -aunque a veces periférico, con respecto al culto cristiano, hasta el punto de ser caracterizador e identificador de un determinado tipo de experiencia de fe- se lo apropian (a propósito y a destiempo). Y así sucede, cada vez con más frecuencia, que especialmente las generaciones más jóvenes, para vivir alguna experiencia litúrgica significativa, tienen que «emigrar» de sus comunidades parroquiales para aterrizar en algún exótico «oasis», mientras que debería darse exactamente el proceso contrario, es decir: desde la parcialidad de algunas experiencias (no necesariamente negativas, al contrario), la plenitud y la excelencia de la experiencia litúrgica cristiana deberían consumarse en el seno de aquella porción de la Iglesia que nace de, y vive de, la liturgia, llegando, precisamente gracias a ella, a la plena madurez de Cristo.

Hay que señalar honestamente que, durante los años en los que la Iglesia ha estado trabajando para llevar a cabo la reforma litúrgica deseada y promovida por el Concilio Ecuménico Vaticano II, se ha producido un tránsito, ni deseado ni provocado por la *Sacrosanctum Concilium* (el documento conciliar que trata de la liturgia) de un culto fuertemente marcado por el sentido del Misterio, y el consiguiente respeto y asombro adorante ante el mismo,

a un tipo de celebración a menudo trivializada o verborreica, irrespetuosa con el Misterio de Dios y ajena al hecho de que la excesiva necesidad de teatralidad superficial distorsiona el culto y de que la necesidad casi obsesiva de explicaciones, de verborrea didáctica, delata y denuncia por sí misma la escasa comunicabilidad y comunicación de lo que está teniendo lugar. Éstos son algunos rasgos de la crisis de la liturgia.

#### *El corazón en y de la liturgia*

Por lo tanto, a la luz de estos fenómenos, una reconsideración de la liturgia incumbe a todos los niveles de la vida comunitaria y es deseable una *reforma de la misma*, no por formalismo preconcebido, sino para evitar que la liturgia se convierta en ideología abstrusa, o en praxis divorciada de la Teología y, en consecuencia, traicione su naturaleza y su identidad, que intentaremos profundizar.

En efecto, la liturgia, antes de ser un razonamiento, es un ser; y antes de ser un hacer, es un creer y un vivir: la prueba de una comprensión adecuada de la liturgia no reside en la capacidad de una explicación rigurosa y detallada de la misma, ni en la ejecución impecable del rito, sino en la conversión de vida que le sigue. El encuentro y la conversión personal, así como la conversión comunitaria a Cristo son el centro y el corazón de la Iglesia y de su culto.

#### *Un cuerpo celebrando a la Cabeza*

La liturgia, por su propia naturaleza, es un asunto eclesial, y no puede celebrarse individualmente: en su ADN, tiene un carácter comunitario. De hecho, el término «liturgia» tiene su raíz en la palabra griega *laòs*, que significa «pueblo». Por esta connotación «popular», la liturgia es ontológica y estructuralmente una acción coral, es la acción del pueblo de Dios, cuya

vida nace de un acto litúrgico: el Bautismo; crece y madura gracias a una serie de actos litúrgicos: los sacramentos; y ve su epílogo en un acto litúrgico, un sacramental, que cierra las puertas de la vida terrena, para abrir de par en par el portal de la eternidad. La liturgia, por tanto, es una realidad que debe vivirse en ese contexto comunitario específico que ha tomado el nombre de parroquia -de esto es de lo que debemos hablar básicamente-, término que deriva de nuevo del griego *parà y oikìa*, que significa literalmente ‘morar cerca’. La parroquia, como la liturgia, es fácilmente identificable en el edificio eclesiástico en el que la comunidad celebra normalmente el culto a Dios; sin embargo, la de los creyentes es una morada no permanente, temporal, como ya relata el antiguo escrito cristiano titulado *Carta a Diogneto*: «Los cristianos... habitan en su propia patria, pero como forasteros; participan en todas las actividades de los buenos ciudadanos y aceptan todas las cargas como huéspedes de paso. Toda tierra extranjera es para ellos una patria, mientras que toda patria es para ellos una tierra extranjera» (*Carta a Diogneto*, cap. 5, FUNK, 397). Esta dimensión de «provisionalidad» manifiesta la connotación de éxodo de la Iglesia, una realidad en marcha, en busca de su verdadera patria y de la definitiva ciudad futura, una comunidad marcada por la tensión escatológica hacia un «definitivo» que, en nuestra actual provisionalidad, sólo podemos esperar. La liturgia permite percibir y pregonar esta extensión escatológica -es decir, definitiva, eterna- inherente a toda celebración, hasta el punto de que en la celebración eucarística, tras el momento de la memoria de la Cena del Señor, en el anuncio de la grandeza del Misterio de la fe, aquí y ahora, la asamblea litúrgica proclama: «Proclamamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor». Así, la *para-oikìa* se convierte en la manifestación más visible de la *Ecclesia orans*, que se nutre del pasado, se expresa en el presente y se inclina hacia el futuro. En esto, la Iglesia está particularmente viva, ya que en el culto ejerce su dimensión de esposa del Señor, tanto como abraza el territorio en el que vive, donde ama y sirve a los iconos vivos de Cristo, es decir, a todas las

mujeres y a todos los hombres, a los jóvenes y a los ancianos, a los *solteros* y a las familias, a los gozos y a las esperanzas, a los trabajos y a los dramas de todos, para anunciar, celebrar y amar, para expresar mejor su fe a todos.

Por eso, la parroquia es un cuerpo que celebra a la Cabeza, es un lugar privilegiado donde uno pone sus dones en comunión, donde comparte lo que es y lo que puede dar, donde asume las fatigas y las pobreza de los demás, donde, alimentado por Cristo en la liturgia, se hace don como Él, signo y sacramento del Señor. Así es como el Cuerpo honra a su Cabeza, y vive para Él, con Él y en Él, que se entregó por su Iglesia.

*Una premisa final, no de mérito, sino de método*

El texto que sigue está estructurado en cuatro pequeños capítulos, que obviamente no comentan toda la constitución *Sacrosanctum Concilium*, sino sólo los números 40 a 46, con una atención específica a la comunidad local, la diócesis y la parroquia, como lugares naturales para celebrar y vivir la liturgia, para hacer una síntesis fecunda entre culto y vida.

## ELOGIO DE LA ADAPTACIÓN

*De la adaptación a la inculturación*

Por todas las razones de fe y de vida, expresadas en la introducción, la liturgia nunca puede reducirse a una realidad muda e inexpressiva, sino que necesita ser locuaz, más aún, elocuente. Y ésta es la razón por la que el rito romano nunca ha sido tratado, y no puede ser considerado y manejado, como una reliquia arqueológica, envuelta, hibernada en su intangibilidad, sino que necesita someterse a lo que SC 40 llama «*adaptación*», que, en las décadas siguientes, encontrará un colorido florilegio de conjugaciones, y que llegará a un término más maduro, tomado de la antropología cultural, con el que se describe el proceso de transmisión de la propia cultura de una generación a otra: «*inculturación*». Se trata de una declinación más amplia y afortunada del término adaptación, con el que abarcar y proponer la transmisión y la labor de conferir significado al culto en contextos culturales diferentes: ésta es la operación a la que apuntaba *Sacrosanctum Concilium*. El papa Juan Pablo II se apropió de esta expresión, y en cierto modo la bendijo, y definió la inculturación como «la encarnación del Evangelio en las culturas autóctonas y, al mismo tiempo, la introducción de

éstas en la vida de la Iglesia».<sup>1</sup> El Pontífice esbozó así una especie de elogio de la adaptación y esbozó un doble movimiento de «ida y vuelta» entre el Evangelio y las culturas: la «ida» consiste en que las culturas encuentran el Evangelio y absorben el mensaje cristiano en los niveles más profundos de su sensibilidad particular, y la «vuelta» se manifiesta en una especie de «conversión» mutua, que genera una expresión renovada, reforzada, a veces inédita, del Cristianismo, una nueva experiencia singular de la Iglesia, dentro de la comunión católica.

*La liturgia: un medio para asegurar la contemporaneidad con Jesucristo*

El hecho de que la liturgia no sea intangible -su «azarosa» historia así lo atestigua- como, por otra parte, la Palabra de Dios es intangible -no susceptible de manipulación y transformación humanas- constituye una declaración cierta e indubitable: la liturgia es un medio, no un fin -igual que el sábado está hecho para el hombre y no el hombre para el sábado: *jipse dixit!* (Mc. 2, 27-28)-, un medio a través del cual la Salvación de Dios se hace compartible y participativa. Como dicen los expertos, se trata de una experiencia personal y comunitaria de *historia salutis in actu*, es decir, de Historia de Salvación perennemente actual. Esta actualidad ha sido captada por especiales almas creyentes, es ejemplar Søren Kierkegaard, que escribe:

Su presencia en la tierra no se convertirá nunca en un acontecimiento del pasado, si la fe se encuentra todavía en la tierra (Lc. 18,8); [...] mientras exista un creyente, es necesario que él, para haber llegado a serlo, haya sido y, como creyente, sea contemporáneo de Su presencia como los primeros contemporáneos; esta contemporaneidad

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, Encíclica *Slavorum Apostoli*, 1985, n. 21

es la condición de la fe, o más exactamente, es la definición de la fe. Señor Jesucristo, concédenos ser así contemporáneos tuyos para verte en tu verdadera figura [...] y no en forma de recuerdo.<sup>2</sup>

En estas reflexiones, el pensador danés había captado plenamente no sólo la oportunidad, sino también la necesidad de esta contemporaneidad, ya que sólo si Cristo, muerto y Resucitado en el tiempo, está presente para los creyentes de todos los tiempos, los creyentes de hoy pueden encontrarse consciente y libremente con Él y Cristo puede ser su Salvación. Esta convicción de Kierkegaard no es compartida por otros filósofos y pensadores, hombres de letras y productores de pensamiento.

Para representar la categoría de los escépticos, vale la pena mencionar el nombre del ilustrado alemán Gotthold Ephraim Lessing, que se preguntaba cómo es posible superar el horrible foso que separa al hombre contemporáneo del Jesús histórico, que vivió hace miles de años y luego entró, resucitado, en el nuevo eón, en el más allá, en el tiempo más allá del tiempo. Esta primera pregunta se profundiza en otras preguntas: ¿cómo pueden los hombres, ciudadanos de los diversos siglos de la historia y de los vastos espacios de la geografía, a tal distancia de tiempo y lugar, seguir, como discípulos, a quien no es moderno, sino eterno, cada vez más distante en el tiempo y en el espacio? Ésta es la cuestión que nos preocupa y que los jóvenes perciben de manera particular y dramática en términos de irrelevancia de la figura de Cristo y, en consecuencia, de la Iglesia. Hace unos años, una encuesta realizada en los institutos ingleses sobre el índice de aprobación de diversas personalidades del pasado y del presente arrojaba datos espeluznantes: el interés de los jóvenes por la figura de Jesucristo ocupaba el puesto 120 y el último lugar, *ex aequo* con George W. Bush, presidente de los Estados Unidos de 2001 a 2009. Entonces, ¿cómo será posible salvar la *brecha* cultural

<sup>2</sup> Søren KIERKEGAARD, *Esercizio del Cristianesimo*, ed. Cornelio Fabro, Ed. SE, 2012, 13.

entre Aquel que ha entrado en el más allá, la última dimensión de la que los humanos no tienen experiencia, y aquéllos que aún están en el más acá -la única experiencia accesible para nosotros- para seguirle, para encontrarle, para familiarizarse con Él? ¿Cómo vamos a compartir su Gracia y su Salvación del mismo modo que quienes le han conocido en el espacio y en el tiempo, para salvar a todos *hic et nunc* aquí y ahora?

*La liturgia es un «memorial» que da acceso desde el tiempo a lo eterno*

La respuesta que podemos dar a estas preguntas serias y decisivas, sin sombra de duda, es: en la liturgia y gracias a la liturgia, y a una de sus categorías específicas, es decir, el «memorial», no reducible a mero recuerdo, sino a una experiencia que permite acceder del tiempo a lo eterno, del *kronos* al *kairòs*, por utilizar términos de la Escritura, es decir, del tiempo insultante, que es pura *rutina*, y que devora la vida, al tiempo que es acontecimiento, maravilla, milagro, y que nunca se desvanece, porque pertenece al día sin ocaso. Para motivar, o justificar esta respuesta perentoria, retomemos una imagen muy querida por San Bernardo, podemos decir de la liturgia, así como de la Iglesia, y de la Virgen María, su icono perfecto, que es una especie de «acueducto». Escribe *el Doctor Mellifluus*:

Ya habéis comprendido, si no me equivoco, de qué acueducto hablo, el acueducto que nos ha traído la plenitud del manantial que ha brotado del corazón del Padre, para que pudiéramos recibirlo, si no en toda su abundancia, al menos en la medida de nuestra capacidad... Por eso durante tantos siglos la humanidad estuvo privada de las corrientes de la gracia: porque no existía todavía el canal de ese

acueducto tan anhelado del que hablamos. Y no es de extrañar que haya esperado tanto.<sup>3</sup>

La liturgia es este admirable *acueducto*, a través del cual el agua viva de Cristo puede llegar a los creyentes de todos los lugares y tiempos. Los antiguos romanos construyeron grandiosos e imponentes acueductos para transportar la humilde agua de los manantiales a las ciudades, a las casas y a los campos, del mismo modo que la Iglesia, en su sabiduría secular, ha elaborado el complejo ritual litúrgico cristiano, para hacer llegar el Misterio de Dios a las ciudades, a las casas, a los lugares frecuentados y, sobre todo, a las personas, y para llevar el agua viva de Cristo, que todavía podemos sorber, después de 2.000 años, de idéntica manera.

*Adaptación... para que el Misterio sea comunicable y participativo*

Hablar de adaptación es hablar de este deseo y de este compromiso de la Iglesia de hacer el Misterio comunicable y compartible, significativo para hoy. A lo largo de la historia, la arquitectura y los estilos pueden variar y han variado -siempre recurrimos a la analogía del acueducto-, lo que es inmutable es la función que debe cumplir la liturgia, celebrada por cada comunidad, y lo hace no para complacerse a sí misma, a los gustos imperantes o a las modas en boga, sino para poder presentar a la Iglesia como esposa a su Esposo, Cristo Señor, «toda gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa e inmaculada» (Ef. 5,27), en vista del encuentro salvífico con Él. Esta atención, esta preocupación y esta ocupación, la fidelidad a Dios y al hombre, al Espíritu Santo eterno y al tiempo presente, el cuidado de la participabilidad del Misterio, se resumen en una feliz expresión: «*Itinera*

<sup>3</sup> BERNARDO DE CLARAVAL, *De Aqueductu, sermone per la festa della Natività della Beata Vergine*, [par. 4] en: *Testi Mariani del secondo millennio*, cura di Luigi Gambero, Città Nuova, Roma 1996, Vol. III, 248.

*fidelitatis sunt semper et necessario itinera creativitatis* [Caminos de auténtica fidelidad son siempre y necesariamente caminos de sabia creatividad].<sup>4</sup>

*Sacrosanctum Concilium n° 40*

A la luz de este encuadre del problema, analizamos el texto de SC 40 (reproducido en el apéndice), que ilustra sucintamente la compleja labor de adaptación. La terminología empleada por los Padres conciliares en el primer párrafo habla y exige una actitud abierta y hospitalaria, llena de «cuidado y prudencia»; pide, por tanto, un diálogo fecundo y fructífero entre las iglesias locales y la Iglesia universal, para la protección, por una parte, del *sensus fidei*, el espíritu de fe de la comunidad individual, y, por otra, de la *Traditio apostolica*, esa Tradición apostólica garantizada por la Iglesia de Roma, como Iglesia del apóstol Pedro, a quien el Señor confirió un poder singular: «A ti te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y todo lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos» (Mt. 16, 19).

Con las declaraciones de los párrafos posteriores, la Iglesia no ocultaba las dificultades del caso, pero tampoco las consideraba un obstáculo insuperable, sino una estimulante oportunidad para despejar la liturgia de la irrelevancia en la que la había sumido el pueblo de Dios -que alimentaba su espiritualidad en las devociones, más que en ella- y devolverla, en cambio, de nuevo, rica de sentido y de alimento, a los fieles individuales y a las comunidades cristianas.

Si aceptamos traducir el término anticuado de «*adaptación*», por otro más acorde con la sensibilidad que ha madurado en los decenios posteriores al Concilio, a saber, «*inculturación*», nos damos perfecta cuenta de que entre culto y cultura existe una relación de «*simpatía*» -en el sentido griego del

<sup>4</sup> Edward SCHILLEBEECKX, *Per una Chiesa dal volto umano*, Queriniana, Brescia 1986, 247.

término- que no sólo es fruto de una etimología común, sino que deriva de una visión positiva recíproca, del establecimiento de un diálogo mutuamente enriquecedor, de una apertura a la acogida de elementos que puedan favorecer la experiencia ritual y cultural del Misterio de Dios, encarnado en la cultura y en las culturas humanas.

*Una sugerente elaboración teológica*

La exhortación formulada en el primer punto de SC 40, de alguna manera recuerda y remite a la sugerente elaboración del teólogo holandés Johannes Christiaan Hoekendijk, que quiso profundizar en el concepto de pueblo y de gentes, partiendo de la teología bíblica de la Creación. En su opinión, cada pueblo posee una de las infinitas «*herencias*» de la Creación. La herencia de la creación-cultural conservada por cada grupo humano no es, por tanto, reducible a una herencia meramente material o biológica, sino que constituye un valor teológico-espiritual, precisamente por su origen. En consecuencia, desde su punto de vista, es necesaria una especie de «*ecología*», no sólo relativa a los ecosistemas, sino a los «*complejos culturales*» que dan identidad a un pueblo, a una cultura y a su culto.

La preservación de cada cultura es, por tanto, un deber, ya que capta y define la identidad de un pueblo. El teólogo llega a una conclusión lógica: «No podemos realizar la misión de forma absoluta, sino contextual»<sup>5</sup>.

*Un pequeño glosario*

La literatura teológica y magisterial, desde el Concilio Vaticano II hasta nuestros días, ha desarrollado, especialmente durante el largo y cuidadoso

<sup>5</sup> Jesús LÓPEZ-GAY, *Eclesiología de la misión*, en ASSOCIAZIONE TEOLOGICA ITALIANA, *L'eclesiologia contemporanea*, Edizioni Messaggero, Padua 1994, 53

pontificado de Juan Pablo II, una notable amplitud de intuiciones significativas. El vocabulario que estamos considerando, «*accomodatio*», se declinó en varios términos durante una de las semanas de estudio de la APL (Asociación de Profesores de Liturgia):

la *accomodatio* se refiere a las adaptaciones celebrativas previstas para una asamblea litúrgica en el acto de una celebración determinada; la aculturación designa la posibilidad de modificación e incorporación por el rito romano de elementos eucarísticos y rituales externos compatibles con él y que pueden considerarse como sustitutos e ilustrativos de partes o elementos de dicho rito; la inculturación es el proceso de reinterpretación y transformación de un rito precristiano a la luz de la fe cristiana, que se asume así también con sus elementos celebrativos y rituales.<sup>6</sup>

Monseñor Brambilla también se preocupó de identificar una especie de «corazón» de la adaptación, expresándolo en estos términos:

retraducir la intencionalidad de la celebración cristiana en el contexto cultural dado... la adaptación no procede conceptualmente de rito a rito, sino que retraduce la intención ritual presente en el complejo celebrativo recibido de la tradición a un sistema simbólico diferente.<sup>7</sup>

Se trata de una excelente intuición, que compara a quien prepara o se aventura en el trabajo de adaptación litúrgica con un traductor de una lengua a otra, de un universo semántico a otro paralelo, en algunos aspectos

semejante, en otros diferente. Si quiere conseguir un resultado apreciable, debe darse cuenta de que está llevando a cabo una operación cultural muy seria, y no puede permitirse el lujo de utilizar la adaptación como una oportunidad para establecer un estilo litúrgico «salvaje».

Quien se dispone a poner su mano en la liturgia debe inspirarse en la *ruminatio* monástica de la Palabra de Dios, consciente de que está realizando un acto de fe y de amor eclesial. Es necesario recurrir a este sabio criterio sugerido por monseñor Brambilla, ya que la acción litúrgica no presupone, es más, excluye la insipidez. El objetivo de quienes se dedican a la adaptación litúrgica es salvaguardar *la intención ritual presente en el complejo celebrativo recibido de la tradición*, con el legítimo y noble esfuerzo de presentarlo *en un sistema simbólico distinto* del que tenía cuando fue estratificado y codificado a lo largo de los siglos.

El problema, por supuesto, se plantea también para quienes traducen el rito romano de una lengua que ya no se habla comúnmente, el latín, a las lenguas en constante efervescencia de hoy. Es evidente que las traducciones corren, en cualquier caso, incluso con Platón o Séneca, el riesgo de ser traiciones y para evitar este peligro, en la medida de lo posible, no pueden tener lugar simplemente *de verbo ad verbum*, de palabra a palabra, sino *de sensu ad ritum*, del sentido del rito, al rito celebrado, que expresa *in actu* su significado profundo. Hace falta claridad al respecto en todos los niveles eclesiales:

Una primera respuesta se refiere a lo que no se celebra: no se celebra la vida y los acontecimientos de la sociedad en la que vivimos, aunque fueran acontecimientos absolutamente positivos y grandiosos; no se celebra la vida de los fieles, aunque ésta fuera una suma de virtudes; tampoco se celebra la vida de la Iglesia entendida como

<sup>6</sup> Franco Giulio BRAMBILLA, «Ermeneutica teologica dell'adattamento liturgico», en *Liturgia e adattamento. Dimensioni culturali e teologico-pastorali*, C.L.V. Edizioni Liturgiche, Roma 1990, 78

<sup>7</sup> F. G. BRAMBILLA, «Ermeneutica teologica dell'adattamento»..., 79.

comunidad que vive y camina en la historia. La liturgia sólo celebra el acontecimiento de la salvación en Cristo.<sup>8</sup>

El segundo párrafo del n. 40 de *Sacrosanctum Concilium* debe leerse en esta clave interpretativa.

*Una Iglesia mater et magistra en generar y educar*

El exiguo tercer párrafo espera un compromiso eclesial coral en generar y educar, en preparar personas culturalmente competentes, de modo que las orientaciones y las realizaciones concretas no se dejen a una arbitrariedad sin sentido, a una improvisación salvaje, a una imaginación desbocada y desvinculada del Misterio, sino que sean expresiones diversas, cualificadas y cualificantes de una Iglesia *mater* en generar y *magistra* en educar hasta la plena madurez en Cristo, como exige el Apóstol Pablo: «hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado del hombre perfecto, en la medida que corresponde a la plena madurez de Cristo» (Ef. 4,13). Esta madurez de la fe es una de las ambiciones de la liturgia.

<sup>8</sup> Enrico MAZZA, «Problemi e prospettive della Riforma Liturgica», *La Rivista del Clero Italiano*, LXXI/2 (1990) 89.

## LA LITURGIA, DON Y COMPROMISO PARA LA IGLESIA DIOCESANA Y LA COMUNIDAD PARROQUIAL

*La facultad de alabar*

Antes de ser una de las muchas tareas que hay que realizar en la Iglesia, la liturgia es un don que hay que recibir de lo alto. Es participación humana en la liturgia celestial, es bendición descendente y ascendente, es la manifestación más llamativa del *depositum fidei*, del patrimonio de la fe, porque la Iglesia que celebra los sacramentos, de modo admirable, confiesa la fe recibida de los Apóstoles, y da gracias a Dios, con alabanzas y con la vida que sigue. Una de las convicciones cultivadas por los creyentes y nunca refutada por la Tradición de la Iglesia, es fácilmente recordable: «*lex orandi, lex credendi*». Su formulación más elocuente, de Próspero de Aquitania (siglo V), suena así: *Legem credendi lex statuat supplicandi*, es decir, la ley de la oración establece la ley de la fe; en otras palabras, la Iglesia cree como reza. La liturgia es, por tanto, un patrimonio que hay que heredar y transmitir, una tierra virgen cuya belleza y riqueza espiritual hay que descubrir, un *hortus conclusus*, según la bella imagen del Cantar de los Cantares (4, 12), en el cual habitar.

Aventurarse en el exuberante desierto de los símbolos y ritos cristianos, descubrir la presencia del Señor *per ritus et preces*, es decir, a través de ritos y oraciones, darse cuenta de cómo la

facultad de alabar impide que nuestra vida quede aprisionada en la lógica de un entretenimiento obsesivo es un gran don y un recurso vital para todo creyente y para toda comunidad cristiana, especialmente para los jóvenes y los grupos juveniles, presa más fácil de la cultura de la exaltación y de los «placeres forzados».

Recordó proféticamente la necesidad de salvaguardar la «facultad *de alabar*», de proteger nuestra humanidad, un rabino judío-polaco y filósofo místico, nacido en 1907 y fallecido en 1972, Abraham Joshua Heschel, cuando dijo:

El secreto de la vida espiritual está en la facultad de alabar. La alabanza es la historia del amor y precede a la fe. Primero cantamos y luego creemos. El problema básico no es la fe, sino la sensibilidad y la alabanza, estar preparados para la fe... Privado de la capacidad de alabar, el hombre moderno se ve obligado a buscar el entretenimiento: el entretenimiento se convierte en obligatorio. El hombre de nuestro tiempo está perdiendo la facultad de celebrar. En lugar de celebrar, busca algo que le divierta y le entretenga. La celebración es un estado activo, un acto por el que se expresa reverencia o aprecio. Estar entretenido, en cambio, es un estado pasivo: es recibir un placer ofrecido por un acto divertido o un entretenimiento. El entretenimiento es una diversión, una distracción de la atención de la mente de las preocupaciones de la vida cotidiana. La celebración es una confrontación, una vuelta de la atención hacia el significado trascendente de nuestras acciones... Su esencia es llamar la atención sobre los aspectos sublimes o solemnes de la vida, elevarse por encima de los confines del consumo. Celebrar es participar en una alegría mayor, en un drama eterno. En los actos de consumo la intención es complacernos a nosotros mismos; en los actos de

celebración la intención es exaltar a Dios, el espíritu, la fuente de bendición.<sup>1</sup>

Las palabras de Heschel muestran la irreconciliabilidad entre culto y entretenimiento. A este respecto, recuerdo que me impresionó la respuesta de la conocida Madre Anna Maria Canopi, abadesa del monasterio benedictino de la isla de San Giulio, en el lago de Orta, al periodista que le preguntó, en una entrevista, cómo celebraría la noche entre el 31 de diciembre de 1999 y el 1 de enero de 2000: el cambio de día, de mes, de año, de siglo y de milenio, un acontecimiento que haría época. Con naturalidad y candor, la Madre Canopi respondió: «Con la liturgia, ¡porque es nuestra fiesta!». En ella y en su comunidad, por tanto, no fue la elección del rugido de «un viento impetuoso y feroz», ni el estruendo de «un terremoto», ni el resplandor de «un incendio», cosas todas ellas que ciegan y aturden a la mayoría, pero no llenan el corazón, sino el deseo del «murmullo de una brisa suave» que sacia y apaga el corazón, según la famosa página de 1 Reyes 19,11-12: esto es lo que muestra el verdadero rostro de Dios; ésta es la zarza ardiente de la liturgia, que quema y no consume, y que motiva la facultad de alabar.

#### *El compromiso de alabar con arte*

Un don, por tanto, pero también un compromiso, porque en la vida del cristiano y de la comunidad cristiana, la liturgia debe ser amada, debe ser profundizada, debe ser cuidada, debe ser promovida, debe ser educada, debe ser convertida, si es víctima de una deriva de sentido, que la mancha con demagogia o sociología, con digresiones varias, o con ritualismo como fin en sí mismo. Los campos para cuidar, para tomar a pecho la liturgia son

<sup>1</sup> Cit. en Franco BROVELLI, «Introducción», en *Liturgia e adattamento. Dimensioni culturali e teologico-pastorali*, 7.

innumerables y requieren, junto a la competencia y profesionalidad de los expertos, comunidades vivas y apasionadas, ricas en fuerzas jóvenes y frescas en la fe, sensibles y entusiastas para trabajar por el Reino en este sector crucial de su edificación. Intentemos hacer una lista de los ámbitos que hay que cuidar, pensando en una comunidad cristiana concreta, una de nuestras parroquias, y en cómo puede comprometerse en la alabanza con arte.

*El cuidado del canto litúrgico*, que es un género literario propio y específico, no puede identificarse simplemente con el canto religioso o sacro. El cuidado del canto litúrgico presupone una pregunta: ¿qué pretende el canto litúrgico? Ante todo, un objetivo de fe. Si es verdad lo que dice San Agustín, que «*Cantare amantis est* [Cantar es propio de los que aman]», pretendemos elevar alabanzas que expresen no los gustos personales de iniciados, sino la fe y el amor de una Iglesia a su Señor. De ahí que el objetivo sea típicamente litúrgico, es decir, la provisión de una herramienta que permita implementar bien el *arte de celebrar*, en nuestras comunidades, ya que no todo cabe en la celebración del culto de Dios. Es necesario tener claros los criterios que la Iglesia ha formulado, y el primer criterio sobre qué cantar, y cómo, nos lo ofrece la *Ordenación General del Misal Romano*, en los nn. 46 a 90 y 367. Es bueno que quienes se dedican al canto litúrgico tomen nota de estas indicaciones, para madurar convicciones y competencias eclesiales, para entrar en un clima cultural eclesial. Esto significa que cada himno debe tener su propia dignidad, su propia lógica celebrativa y ser interpretado en el momento oportuno. Se aplica la regla: «¡El canto adecuado en el momento adecuado!» Además, junto a un criterio de lógica celebrativa, hay que tener en cuenta un criterio de calidad literaria y musical de lo que se canta... si de lo que se trata es de «*cantar la fe*». Por tanto, hay que dar un salto «cultural»: hay que pasar de los cantos yuxtapuestos en la Misa, a las celebraciones normales cantadas.

Esto se comprende fácilmente. En un artículo encontrado por casualidad en internet y titulado *Da Sacrificio ad avanspettacolo: la Messa nel terzo*

*millennio (Del sacrificio al espectáculo: la Misa en el tercer milenio)*, en el que el autor se refería al músico (no católico) Franco Battiato... entrevistado por Fabio Fazio en *Che tempo che fa...* comentaba: «Encuentro que la liturgia debe ser una cosa muy seria, hecha con criterio. No se puede dentro de una Misa poner a niños cantando en plan serie C de la música pop italiana más trivial, que me parece, entre otras cosas, una verdadera blasfemia. Es decir: sacar a colación a Cristo, a Dios: “tú estás con nosotros”, “tú eres más”, se dicen cosas increíbles... ¡Silencio! Así se habla a tu compañero de banco».

Es grotesco que un análisis tan lúcido de la grandeza del Misterio Litúrgico (y de su traición) venga de fuera del mundo católico. Pues bien, el ámbito musical es un vasto y floreciente espacio de diálogo, de armonía, de sinergia, entre culto y cultura, y de ejercicio de la «santa libertad de los hijos de Dios».

*La acogida*, como rasgo que debe ser cada vez más característico de las comunidades cristianas, si no quieren quedar reducidas a entidades fríamente administrativas, fiscales, pedantes, sobrecargadas por la dimensión burocrática y sustraídas a la intensidad de las relaciones por asuntos de oficina cada vez más apremiantes, o quedar reducidas a un espacio museístico de un pasado glorioso, en cualquier caso, difunto. La familia de Dios tiene en la celebración litúrgica su manifestación más llamativa: «*liturgia epiphania Ecclesiae* [La liturgia manifiesta la Iglesia]», una Iglesia acogedora, ¡que así sea!

El *cuidado de la ministerialidad*, que no es prerrogativa exclusiva de los niños, sino ejercicio del sacerdocio bautismal de los creyentes adultos, en todo lo que implica pluralidad de carismas y ministerios: en el servicio al altar, en la proclamación cualificada y cualificante de la Palabra de Dios, en la recogida de ofrendas, en la distribución de la Eucaristía, en el apoyo al canto, en el cuidado de la dimensión orante antes, durante y después de la celebración, en la dedicación carismática a las mil necesidades de una comunidad.

*El cuidado de la sala y de los espacios litúrgicos*, para que quienes entren

en el templo sean inmediatamente provocados y llamados a vivir el Misterio de la fiesta o del tiempo que se celebra. El revestimiento del templo durante Adviento debe ser diferente al de Cuaresma; el de Navidad debe ser distinguible del templo de Pascua; el de Pentecostés debe diferenciarse del templo del Tiempo ordinario. El cuidado de los detalles: de las flores a las velas, de los adornos a los colores, de las imágenes a los símbolos, de las ayudas a la disposición general, se convierte en el relato de la fe y del amor de una comunidad por Aquel que es Rey y centro de los corazones, pero también del buen gusto eclesial y eclesiástico, expresión de una Iglesia llamada a ser educadora en todo.

*Por encima de todo, el cuidado de las personas:* cada persona, al entrar en el aula litúrgica, debe tener la clara sensación de que no es una persona anónima, colocada casualmente dentro de un ambiente impersonal, sino una persona única e irrepetible, amada y redimida, porque aquí es palpable la realidad de que el Señor, Cristo, es el «Redentor del hombre», y por tanto el hombre «es el camino primero y fundamental de la Iglesia».<sup>2</sup> Por estas razones, la liturgia es para el hombre y por el hombre.

#### *El cuidado de la liturgia en la catedral*

Junto a esta serie de cuidados, de dimensión típicamente parroquial, SC 41 destaca los de dimensión diocesana y, por tanto, episcopal. El pensamiento se dirige, en cada diócesis, al templo episcopal. Cada catedral, en cada ciudad episcopal, constituye en sí misma un signo evidente y entrañable en el corazón de un pueblo: toda la historia de una ciudad se condensa en ella; lo mejor de su arte y de su genio reside aquí como en casa; todos los momentos festivos y dramáticos de la *civitas* encuentran en este lugar su hábitat natural; toda la santidad, que ha florecido en una Iglesia local a

<sup>2</sup> JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptor hominis*, 1979

lo largo de los siglos, tiene en la catedral su referencia natural: las criptas custodian el *sancta sanctorum* de cada diócesis; tanto es así que a este singular edificio nunca se le llama con el nombre común de iglesia, sino con su nombre propio, determinado por ese elemento que la caracteriza y la hace única y especial: la cátedra del obispo. Además de esto, se sabe que la catedral tiene muchas otras características únicas: un cabildo de canónigos explícitamente destinados al culto; tradiciones propias, que generaciones de sacerdotes y laicos han aprendido a conocer y disfrutar desde que eran seminaristas o miembros de asociaciones juveniles católicas; órganos de gran valor, a menudo apoyados por diversos instrumentos, en los que músicos titulados expresan su virtuosismo; coros famosos e impecables, que interpretan las páginas más impermeables y monumentales de la literatura musical; maestros de ceremonias experimentados, que sólo aquí tienen autoridad para dirigir incluso a obispos. La catedral es el escenario natural de celebraciones significativas y singulares en la vida de una ciudad y de una diócesis: ordenaciones presbiterales y episcopales, misas crismales, sínodos diocesanos, apertura y clausura de años pastorales, renombradas celebraciones cuaresmales con ilustres oradores, los momentos más importantes de la ciudad, la visita de notables personalidades.

Precisamente por esta unicidad e irrepetibilidad, la vida litúrgica de la catedral ejerce sobre las personas y comunidades de una diócesis esa irresistible fascinación que exige una enorme responsabilidad: la ejemplaridad. La catedral, según el dictado conciliar, tiene el deber de proporcionar a las parroquias de la diócesis una ejemplaridad positiva y propositiva, paciente y, al mismo tiempo, apremiante. Nunca una catedral debe proporcionar esa ejemplaridad negativa, por la que se aprende allí todo lo que absolutamente no debe repetirse en la iglesia más pequeña y humilde de la diócesis. Si en cada iglesia es propio percibir la fragancia de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, la fragancia de la *Ecclesia orans*, tanto más en la catedral ese aroma debe hacerse más intenso. Aquí todos: obispo, presbíteros, diáconos,

religiosos y religiosas, laicos, están llamados a ser testigos y protagonistas de la *única Iglesia* - en comunión según el estilo de Pentecostés, que no consiste en la uniformidad masificadora, sino en la «convivialidad de las diferencias» (para usar una expresión querida por don Tonino Bello) de la espiritualidad, de la sensibilidad pastoral, de los distintos puntos de vista sobre lo que es cuestionable; protagonistas de la *Santa Iglesia* - y no sólo porque las criptas de las catedrales suelen albergar las reliquias de los santos patronos y las tumbas de los obispos difuntos, sino porque cada diócesis se convierte en una escuela de vida santa; protagonistas de la Iglesia Católica - porque en la diócesis y en las parroquias uno es capaz, especialmente a través de la liturgia, de conjugar y conciliar la propia especificidad con la universalidad y aquí uno se convierte en experto en enriquecer la Iglesia universal con la propia aportación original y en enriquecerse con lo que la Iglesia Católica tiene que ofrecer, para evitar que las comunidades individuales queden asfixiadas y aprisionadas en el perímetro de sus límites territoriales protagonistas de la *Iglesia apostólica* - porque, gracias a la sabia unión entre *nova et vetera*, entre *Traditio et progressio*, entre lo antiguo y lo nuevo, la comunidad diocesana permanece firmemente anclada en las raíces cristianas que la generaron, abierta y experimentada para manejar la novedad que el Espíritu suscita en la Iglesia. La liturgia es un campo de pruebas muy fuerte y muy importante para estas dimensiones constitutivas de la Iglesia de Cristo, pues es consciente de que en ella la *lex orandi es lex credendi* y, en consecuencia, *lex vivendi*. Este encuadramiento hace más comprensible el dictado del Concilio, que encontramos en SC 41.

#### *El cuidado de la liturgia en las parroquias*

La vida litúrgica del obispo y de la catedral, evidentemente, no agotan el culto del pueblo de Dios que vive en una diócesis; al contrario, postulan la necesidad de su dislocación, para que todas las comunidades en que se

estructura puedan expresarse como *Ecclesia orans*. Así pues, el texto del Concilio prosigue, en SC 42, centrándose en la vida litúrgica parroquial. La imagen evocada aquí es muy expresiva y significativa: las comunidades parroquiales «representan en cierto modo la Iglesia visible establecida en toda la tierra». La parroquia, por tanto, es el modo concreto, perceptible, utilizable, de disfrutar y ver lo hermosa que es la Iglesia. Está claro que la Iglesia no es el fin de la experiencia creyente: estamos hechos para Dios, como recuerda el *Catecismo de la Iglesia Católica* «El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la felicidad que busca sin cesar» CCE 27. Siguiendo las huellas de san Agustín: «Nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que encuentre descanso en ti».<sup>3</sup> Pero también es verdad lo que afirma uno de los Padres de la Iglesia: «No puede tener a Dios por Padre, quien no tiene a la Iglesia por Madre».<sup>4</sup> Cada gesto y palabra, cada preocupación y ocupación del creyente y de la comunidad parroquial son significativos e importantes, pero nada como la liturgia, dado que la liturgia, es *epiphania Ecclesiae*, es Revelación a sí misma y al mundo de su identidad y misión.

#### *Domingo, milagro vivo de la Iglesia*

El número 42 de *Sacrosanctum Concilium* encaja todavía perfectamente en un tiempo como el nuestro, fuertemente caracterizado por la desafección hacia el domingo cristiano, entendido y vivido como día del Señor, y, sobre todo, por la indiferencia hacia la Eucaristía festiva, memorial de la Pascua. Estas afirmaciones de los Padres conciliares resuenan hoy más actuales que

<sup>3</sup> AGUSTÍN, *Confesiones*, 1.1

<sup>4</sup> CIPRIANO DE CARTAGO, *La unidad de la Iglesia católica*, 4

nunca, porque sin Eucaristía no hay Iglesia, ni comunidad, ni fiesta, pero tampoco hay fe, esperanza, ni amor, tres virtudes necesarias para la sociedad civil ante la Iglesia. Lo saben bien las comunidades cristianas pobres en ministros de la Eucaristía, que constatan cada vez más el desmoronamiento de su ser Iglesia, pero lo percibe también la humanidad, que se encuentra empobrecida de las virtudes teologales como valores colectivos compartidos y tiene que hacer frente a importantes problemas sociales. La disminución del número de creyentes ha llevado a un crecimiento exponencial del número de crédulos (Card. Giacomo Biffi: «me parece que la distinción más adecuada entre los hombres de nuestro tiempo no es tanto entre creyentes y no creyentes, como entre creyentes y crédulos».<sup>5</sup>

La disminución del número de personas capaces de albergar esperanza ha incrementado el sentimiento generalizado de frustración, fracaso, soledad y desesperación, con episodios escalofriantes en las noticias, que a menudo ni siquiera se publicitan, debido a un acuerdo tácito entre los periodistas y la policía, para evitar desencadenar peligrosos mecanismos de emulación.

La pérdida de la capacidad de amar al estilo de Jesucristo y con la regla de la caridad cristiana ha puesto en crisis todas las obras filantrópicas, que en los siglos del Cristianismo habían experimentado una explosión y un florecimiento increíbles. En muchas comunidades cristianas, antes de perder completamente el sentido del domingo cristiano, para sustituirlo por el sentido efímero del *fin de semana* paganizante, debería retomarse, reconsiderarse, reimplantarse uno de los documentos más frescos y felices del episcopado italiano, la nota pastoral *Il giorno del Signore (El día del Señor)* de mayo de 1984, que, cuarenta años después, sigue revelando su actualidad.

<sup>5</sup> Giacomo BIFFI, *La fortuna di appartenegli. Carta confidenziale a los creyentes*, Edizioni Studio Domenicano, Bolonia 2012.

## LITURGIA CRESCIT CUM ORANTE

### *Una liturgia vibrante*

La liturgia no se reduce a un ritual árido e incomprensible, en el que hay que cumplir estrictamente lo que prescriben las llamadas «rúbricas», es decir, las instrucciones escritas en rojo en los libros litúrgicos, sobre lo que hay que hacer. La liturgia es un asunto del corazón. Recuerdo haber leído, a la entrada de un coro monástico, un pergamino de madera que decía: *Ante Deum stantes, non simus corde vagantes* [«Cuando estemos en presencia de Dios, ¡que nuestros corazones no sean vagabundos!»] Es un espléndido estímulo que llama al corazón del creyente, y de las comunidades que lo celebran, cuando se ponen en presencia del Señor, exhortándoles al *Dasein*, a «estar ahí», a no ser presa del vagabundeo, que no es imposible, cuando uno se ve obligado a tomar parte, pero sin convicción y sin amor.

No basta con decir y hacer impecablemente lo que prescribe la liturgia, con celebrar bien la liturgia. La liturgia hay que vivirla y hacerla vivir, vibrar, como atestigua san Agustín, cuando recuerda con admiración aquel *Amén*, al final de la plegaria eucarística, que casi hizo temblar los muros de su catedral de Hipona. La liturgia no puede ser nunca un gesto simple y com-

pasivo, sino que debe ser un acto vibrante, «un paso del Espíritu Santo a su Iglesia» (SC 43), uno de esos pasos que renuevan la faz de la tierra. Para ilustrar el título de este pequeño capítulo: «liturgia *crescit cum orante* [La liturgia crece con los que oran]», y para casi atentar contra la vitalidad inherente a la liturgia y transmitida por la liturgia, una especie de Pentecostés viviente, no puedo evitar recurrir a la metáfora de la partitura musical.

Una lectura plana y amorfa consigue hacer despreciable incluso una verdadera obra maestra, un hito en la historia de la música. Una interpretación refinada e intensa a cargo de un gran músico como Herbert von Karajan consigue que cualquier texto antiguo cobre vida. Cuando escucho algunas interpretaciones magistrales de mis dos compositores favoritos, Johann Sebastian Bach y Wolfgang Amadeus Mozart, casi siento su aliento, siento revolotear su espíritu, percibo su presencia eterna y su genio inmortal en las virtuosidades de las que fueron maestros incomparables, infligiendo a sus alumnos el deber de la excelencia, costara lo que costara. El mismo razonamiento se aplica a muchas otras formas de arte: la literatura, el teatro, la poesía... Las grandes obras de Esquilo, Sófocles y Eurípides, resucitadas cada año en los teatros griegos diseminados a lo largo de las orillas del Mediterráneo, hacen revivir y reviven la perenne actualidad y modernidad de la tragedia griega, arrebatándonos del fragmento de tiempo en que vivimos para convertirnos, a nuestra vez, en protagonistas del drama perpetuo que atraviesa la historia, al igual que las parábolas evangélicas.

Aquí, el mismo razonamiento se aplica a la liturgia romana, cuyos Padres son Hipólito Romano, León Magno, Gelasio, Gregorio Magno, personajes muy alejados de nosotros en el tiempo; sin embargo, su fe y su oración, si se revitalizan adecuadamente en el rito, a través del *ars celebrandi*, se convierten en expresión de la fe inmutable y de la oración eterna de la Iglesia, saben hacer vibrar la fibra sensible de toda comunidad, capaz, si se enraíza en este *humus* vital, de hacer crecer la liturgia junto con quienes la celebran, la rezan: no sólo la liturgia, sino la Historia de la Salvación que se encarna

en ella y se realiza en experiencias siempre nuevas e inéditas de la Iglesia. La liturgia es, por su propia naturaleza, vibrante, porque todo lo que se ha vivido históricamente, y se narra en la Sagrada Escritura, nosotros, igualmente, lo vivimos, ¡culturalmente!

*En la escuela de los buenos maestros*

Pongámonos, pues, en la escuela de los buenos y grandes maestros. Muchos han sido los santos, pero también ilustres teólogos, escrutadores y conocedores del Misterio de Dios. Deberían ser redescubiertos junto con sus obras monumentales. Uno, en particular, quisiera recordar aquí: el maestro que descubrió el tesoro del culto sepultado por el olvido, y lo ofreció a toda la Iglesia, uno de los pioneros del movimiento litúrgico, el monje benedictino Odo Casel, que en su grandiosa obra titulada *Il mistero del culto cristiano* (*El misterio del culto cristiano*), publicada en Italia por Borla, inició y fomentó esa recompreensión del sentido de celebrar que, con el paso de los siglos, se había empañado y oscurecido. Sentí un estremecimiento de emoción y emoción, celebrando la Eucaristía junto a uno de los últimos testigos de aquella estación del Espíritu, el anciano Padre Burkhard Neunheuser, OSB., en la cripta de la abadía de Maria Laach, no lejos de Colonia, en Westfalia, donde, en los años veinte, aquellos monjes profetas del movimiento litúrgico experimentaron *in nuce* lo que para nosotros se ha convertido en habitual. En efecto, el movimiento litúrgico, que recorrió Europa en el siglo XX, es «un signo de los designios providenciales de Dios para nuestro tiempo, como un paso del Espíritu Santo en su Iglesia» (SC 43). Pero este movimiento litúrgico no se reduce a los grandes nombres de sus precursores y protagonistas: Prosper Guéranger, Salvatore Marsili, Lambert Beauduin, Cipriano Vagaggini, Romano Guardini o el cardenal Joseph Ratzinger -que, aunque no es un liturgista *strictu sensu*, se ha ocupado mucho y pertinentemente de la liturgia-. El movimiento litúrgico exige convertirse en un fenómeno

cada vez más coral y envolvente, cada vez más eclesial, cada vez más participativo en todas las realidades parroquiales, desde aquellas en las que la presencia masiva de ministros garantiza recorridos normales y metódicos de fe y sacramentales, hasta aquellas en las que la ausencia de presbíteros y ministros crea sufrimiento, sentido de abandono, condición de diáspora. En todas partes es necesario un movimiento de amor y de valorización de la liturgia, que genere nuevos maestros autorizados, nuevos mistagogos y padres, conscientes de que allí donde se pone en práctica el *ars celebrandi*, como expresión del *ars credendi*, se realiza el milagro perenne de la Iglesia: *liturgia crescit cum orante*. Éste es el sentido de lo que SC 43 contempló y estableció.

## ¿QUIÉN ES EL RESPONSABLE DE LA LITURGIA?

### *Repensar las comisiones*

Llegamos ahora a una cuestión final y no irrelevante: ¿quién debe encargarse de la liturgia? Si nos detenemos en lo dictado por el Concilio, parece que deberían ser los clásicos iniciados, en particular las fatídicas comisiones, quienes deberían estar a cargo de la liturgia. Las comisiones, a estas alturas, han invadido y ocupado casi todos los espacios de la vida colectiva. Se ha convertido en un hábito social: cuando uno no sabe cómo abordar y resolver un problema, nombra una comisión. De este modo, se acalla la conciencia comunitaria y personal de los responsables y se tiene la ilusión de que el asunto está prácticamente resuelto. Tal es el enjambre de comisiones que prácticamente toda la vida está comisionada.

Los problemas son todos de encargo y las soluciones, a menudo, siguen siendo igualmente de encargo, hasta el punto de que ni siquiera las proverbiales calendas griegas han tenido a veces la gracia de ver algún resultado tangible y apreciable de la somnolienta actividad de las altas comisiones. Con, por supuesto, loables excepciones. No sólo eso, las comisiones son a menudo estructuras blindadas, los nombres de sus miembros son la feria de las obviedades, siempre y sólo aquellos, por los

siglos de los siglos, introducidos en las comisiones por astutos seminaristas o por vivarachos miembros del consejo diocesano de Acción Católica. Éstos, convertidos ya en venerables patriarcas, han dedicado su vida a sentenciar en el hiperurano, pero quizá nunca a «ensuciarse las manos», es decir, a ver/juzgar/actuar en los campos de batalla reales. Sí, lo admito, corro el riesgo de parecer poco argumentativo. Además, me siento en buena compañía, si alguien mucho más autorizado que yo ha dicho:

La inculturación debe implicar a todo el pueblo de Dios, no sólo a algunos expertos, pues es bien sabido que el pueblo refleja ese sentido genuino de la fe que nunca debemos perder de vista... debe ser expresión de la vida comunitaria, es decir, madurar en el seno de la comunidad, y no fruto exclusivo de la investigación erudita.<sup>1</sup>

Éstas son las razones magistrales por las que siento cierta alergia a las comisiones, o mejor dicho, a cómo se conciben y realizan normalmente. Creo que realmente necesitan ser repensadas para su auténtica funcionalidad. Habiendo tenido esta preciosa oportunidad de decir en voz alta algunos pensamientos recónditos fuera del coro, aprovecho esta ocasión más única que rara para expresar mi angustia al constatar lo que falla y, sobre todo, para formular el deseo de que algo pueda funcionar mejor.

Evidentemente, no tengo recetas milagrosas que proponer, y no soy enemigo de los grupos de expertos -a los que, sin ningún mérito particular, pertenezco- porque están destinados a trabajar por el bien de todos, es más, ¡bienvenidos sean! Siempre que el bien de todos no sea decretado únicamente por algún solón, sino también por todos aquellos «expertos» que tienen verdadera experiencia de fe y de amor a Cristo y a la Iglesia, como indica espléndidamente uno de los textos litúrgicos más intensos y expresivos: «*expertus potest credere quid sit Jesum diligere* [sólo quien ha experimen-

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptoris missio*, 1990, n. 54.

tado es capaz de comprender lo que significa amar a Cristo]».<sup>2</sup> Con ellos es justa y necesaria una relación dialógica, e incluso dialéctica, ¿por qué no? Si no con todos -porque eso es utópico- al menos con muchos de ellos, que sinceramente tienen algo que decir y mucho corazón que aportar. Así es como yo vería una comisión: abierta a muchas voces y aportaciones, con un carácter y un corazón amplios, de tal manera que su trabajo, si se hiciera así, tal vez superaría y vencería una cierta aridez de gestos y textos. Teniendo esto en cuenta, podemos leer el dictado conciliar de SC 44-46, sobre el que hay poco que comentar. A lo sumo, se puede formular la esperanza de que tales comisiones no sean exclusivas, sino inclusivas en la forma.

#### *Comisiones, pero no compartimentadas*

Y, siguiendo con la ampliación de perspectivas, tema central del Concilio Vaticano II, me resulta difícil concebir la realidad del culto todavía hoy separada en tres compartimentos estancos como son la «liturgia», la «música» y el «arte». Quienes se dedican a la liturgia no pueden ignorar ese gran acto de culto que es la armonía -una de las características de Dios- y el arte, máxima celebración de la *magnalia Dei*. Testigo autorizado de esta conciencia holística es el entonces cardenal Ratzinger, quien en su discurso en el Encuentro de Rímini de 2002 dio este testimonio personal:

El concierto de Bach dirigido por Leonard Bernstein en Múnich tras la temprana muerte de Karl Richter sigue siendo para mí una experiencia inolvidable. Yo estaba sentado junto al obispo evangélico Hanselmann. Cuando la última nota de uno de los grandes Thomas-Kantor-Kantaten se apagó triunfalmente, nos miramos espontáneamente y con la misma espontaneidad nos dijimos: «Quien ha escuchado esto sabe que la fe es verdadera». En aquella música se percibía una fuerza tan extraordinaria de la realidad presente que

<sup>2</sup> Himno *Jesu dulcis memoria, Liber Usualis*, Solesmes 1961, 452.

nos dimos cuenta, ya no por deducciones, sino por el impacto del corazón, de que esto no podía originarse de la nada, sino que sólo podía surgir por la fuerza de la verdad que se realiza en la inspiración del compositor.

La connotación de la música es puramente religiosa, y encuentra en el canto gregoriano una de sus cimas inigualables e insuperables.

Y cómo no recordar que el *locus iste*, en el que celebramos y alabamos, es normalmente un tesoro de arte, fruto de lo que Pablo VI describió en su célebre homilía de la Misa para los artistas, celebrada en la Capilla Sixtina el 7 de mayo de 1964:

Y en esta operación, que transfiere el mundo invisible en fórmulas accesibles e inteligibles, sois maestros. Es vuestra profesión, vuestra misión; y vuestro arte es precisamente el de arrancar del cielo del espíritu sus tesoros y revestirlos de palabras, de colores, de formas, de accesibilidad. Y no sólo una accesibilidad como la del maestro de lógica, o de matemáticas, que hace inaccesibles los tesoros del mundo a las facultades cognoscitivas de los sentidos y a nuestra percepción inmediata de las cosas comprensibles. Tú también tienes esta prerrogativa, en el mismo acto en que haces accesible y comprensible el mundo del espíritu: preservar a este mundo su inefabilidad, el sentido de su trascendencia, su halo de misterio, esta necesidad de alcanzarlo con facilidad y esfuerzo a la vez... Si nos faltara tu ayuda, el ministerio se volvería tartamudo e incierto y necesitaría hacer un esfuerzo, diríamos, para volverse artístico él mismo, más aún, para volverse profético. Para elevarse a la potencia de la expresión lírica de la belleza intuitiva, necesitaría hacer coincidir el sacerdocio con el arte.

Así pues, siervas de la liturgia son la armonía, por un lado, y, por otro, esa profesión de fe *in actu* que es el arte mismo en sus diversas formas. La celebración de Dios es arquitectura (en una de mis iglesias, en algunos aspectos única en el mundo, uno de los famosos arquitectos del siglo XVIII, Antonio Galli da Bibiena, creó una serie de bóvedas horadadas en la mampostería, contenidas en una cúpula doble y triple, gracias a la cual puedo explicar a

los visitantes lo que es la fe: un ver no con inmediatez, sino con certeza, porque el paraíso puede vislumbrarse en los frescos, aunque no en todos sus detalles. El arquitecto llamó a este ingenioso artificio: «las perspectivas celestiales»). La escultura es la celebración de Dios (uno de los Doctores de la Iglesia hablaba de ella en términos teológicos:

La misma idea aplicada, sin embargo, a la esfera antropológica, se encontraba ya en San Buenaventura, que explica el camino por el que el hombre llega a ser auténticamente él mismo, inspirándose en la comparación con el tallador de imágenes, es decir, con el escultor. El escultor no hace algo, dice el gran teólogo franciscano. Al contrario, su trabajo es una *ablatio*: consiste en eliminar, en quitar lo que no es auténtico. De este modo, a través de la *ablatio*, surge la *nobilis forma*, es decir, la figura preciosa. Así también el hombre, para que resplandezca en él la imagen de Dios, debe acoger ante todo esa purificación, mediante la cual el escultor, es decir, Dios, lo libera de toda esa escoria que oscurece el aspecto auténtico de su ser, haciéndolo aparecer sólo como un tosco bloque de piedra, mientras que en cambio habita en él la forma divina.<sup>3</sup>

Nuestras iglesias y museos rebosan de maravillosos «iconos» que se revelan a los fieles, así como a los visitantes, incluso a los más distraídos, como auténticas ventanas al Misterio. Un genio como Fra Angelico pintaba de rodillas, expresando ante el Misterio que representaba, la misma veneración que la Iglesia tributa al Santísimo Sacramento. El arte se ha desarrollado y ha alcanzado las cimas que tan bien conocemos en el esfuerzo por narrar el Misterio, por hacerlo visible, palpable, utilizable, participable. H.G. Gadamer está convencido de que, en la experiencia estética, el arte se con-

<sup>3</sup> Joseph RATZINGER, *Una compagnia sempre riformanda*, discurso en el Encuentro de Rimini en 1990.

vierte en vehículo para encontrar y saborear la verdad, y el encuentro con la verdad nunca es un acontecimiento inerte e inocuo: «en la experiencia del arte vemos tener lugar una experiencia que cambia verdaderamente a quien la realiza».<sup>4</sup> En la obra de arte, la verdad de la realidad encuentra una proclamación singular que la experiencia común nunca podrá expresar tan altamente. La verdad que se revela estéticamente no es menos verdadera, es más, lo es más que la realidad adquirida empíricamente, y la obra de arte llega a ser más real que la realidad porque es su forma e imagen, inteligible hasta el más alto grado de comprensión, en la medida en que está libre de la facticidad y particularidad de las cosas cotidianas. Lo real, convertido en forma artística, habla de lo real, no sólo en el parecer, sino en el ser.

#### *La Iglesia necesita una nueva generación de «liturgistas»*

El verdadero liturgista, por tanto, es también músico y artista, como el verdadero músico es también liturgista, además de artista, y el verdadero artista es ministro de Gloria divina y cantor de suprema belleza. Soy muy consciente de que no todas las pequeñas realidades (y a veces ni siquiera las más grandes) cuentan con tal pluralidad de personas polifacéticas, pero también es cierto que la Iglesia, en 2.000 años de historia, siempre ha invertido en la educación y formación de personas competentes. La escasez actual de tales figuras denuncia un déficit eclesial: quizá ha habido una concentración en otros asuntos importantes y necesarios, bien merecidos, pero se ha descuidado valorar el momento celebrativo como *culmen et fons* (SC 10) de toda la experiencia creyente. Sin embargo, lo uno no excluye lo otro. El unguento de «nardo puro muy precioso» derramado en Betania, en casa de María, sobre los pies de Jesús, parece un desperdicio, humanamente hablando, pero el Hijo de Dios alabó este gesto litúrgico de amor hacia Él

<sup>4</sup> Hans-Georg GADAMER, *Verità e metodo*, Bompiani, Milano 1997, 112.

(cf. Jn 12,1-11). Para los pobres, que siempre están con nosotros, no faltan ciertamente recursos humanos y económicos en la Iglesia, con los que se les puede y debe garantizar dignidad y humanidad. Del mismo modo, pueden existir otros tantos recursos, de personas y medios, para el culto a Dios, a través del cual la Salvación alcanza a todo el hombre y a todos los hombres. La Iglesia necesita una nueva y amplia generación de «liturgistas», incluso sin titulación académica, que lo sean no por oficio, sino por fe y amor. Junto con los liturgistas por vocación y competencia, pueden aportar una gran contribución a la Iglesia.

Para aclarar mejor mi pensamiento sobre esta cuestión, y evitar desagradables malentendidos con amigos y colegas, acerca del papel que las comisiones litúrgicas están llamadas a desempeñar en el seno de las comunidades parroquiales y diocesanas y en la Iglesia universal, creo que puedo describir su función recurriendo a una analogía litúrgica: los coros en la liturgia. No deben engullir a la asamblea, impidiéndole cantar un solo *Amén*. Deben, por el contrario, promover el canto de toda la asamblea, mediante una hábil dosificación de las partes corales, solistas y *a capella*. Un culto que concilie todos estos aspectos puede ser muy expresivo y fructífero. Así pues, las comisiones no deben envolver a las comunidades cristianas con propuestas divorciadas de la vida y la fe del pueblo de Dios, impidiendo que la comunidad sea *vox populi, vox Dei*. Al contrario, las comisiones, trabajando en armonía y sinergia con toda la comunidad, deben promover la educación litúrgica y la implicación celebrativa de toda la comunidad y de todas las comunidades, también a través de un discernimiento obediente y sabio -que es ante todo el carisma del obispo y, por consiguiente, de todos sus colaboradores corresponsables en la gestión de la pastoral de la Iglesia y, por tanto, de la Iglesia en su conjunto-, un discernimiento que permita custodiar lo que es bueno y abandonar lo que no lo es. Muy expresivo y fecundo puede ser el culto que brota de la conciliación de todos estos aspectos y de un camino de fe compartido y educativo.

No quiero ni considerar la torva hipótesis de personas incompetentes, o ideológicamente excluidas, que consiguen colarse en tales comisiones e imponer puntos de vista muy discutibles, infligiendo a las comunidades un tipo de celebración, de subvención, de propuesta, de camino, de ritualidad, de música litúrgica, fuera de todo sentido común y, sobre todo, del recto sentimiento de fe. Es evidente que reacciones de signo claramente opuesto reclaman la misma *libertas operandi*, aun sabiendo que encuentran a veces vetos inmotivados, plenamente en línea con la Tradición de la Iglesia. Uno se pregunta sinceramente por qué hay pesos y medidas diferentes y desiguales. El arte del discernimiento, propio del obispo y de toda la Iglesia, encuentra en este asunto uno de sus ejercicios privilegiados.

El título del que partimos insinuaba vastos campos de exploración, discusión y propuesta. La indicación de los nn. 40-46 de *Sacrosanctum Concilium* como referencia en la que centrar la atención, y frontera en la que moverse, delimitaba en cierto modo el área en la que hacer malabarismos. Por respeto al texto que se quería dar a conocer, he procurado no deambular por zonas *vedadas*, porque están reservadas a otros exploradores. Si, en algún momento, me he excedido, pido disculpas, asegurando que no era mi intención convertirme en un prevaricador. Sin embargo, me gustaría desear que estas «sencillas» -como me ha pedido la redacción- notas, lleguen al corazón de quienes se ocupan de la liturgia en las comunidades parroquiales, e inicien una renovada investigación, debate y entusiasmo sobre el tema de la liturgia, que debe vivirse en la parroquia como *culmen et fons* (SC 10) de la vida cristiana, como momento epifánico por excelencia y por excelencia del ser Iglesia, como ocasión especial para vivir la espiritualidad litúrgica, que es la base y el lugar de aterrizaje de cualquier otra espiritualidad, presbiteral, religiosa y laica.

La liturgia en la parroquia, especialmente en los tres momentos *princeps*, es decir, “el año”, “el día”, “la Cena del Señor”, es el primer y principal camino de fe del creyente y de la Iglesia,

es el momento en el que, proclamando con fe y amor nuestro *eukaristein*, la acción de gracias, en la esperanza gritamos: *Maranathà* al Esposo que viene, para que esté con nosotros todos los días, hasta el fin del mundo, y, en la liturgia, podamos abrazarlo como Maestro y seguirlo como Señor.

## APÉNDICE

40. Sin embargo, en ciertos lugares y circunstancias, urge una adaptación más profunda de la Liturgia, lo cual implica mayores dificultades. Por tanto:

1) La competente autoridad eclesiástica territorial, de que se habla en el artículo 22, § 2, considerará con solicitud y prudencia los elementos que se pueden tomar de las tradiciones y genio de cada pueblo para incorporarlos al culto divino. Las adaptaciones que se consideren útiles o necesarias se propondrán a la Sede Apostólica para introducirlas con su consentimiento.

2) Para que la adaptación se realice con la necesaria cautela, si es preciso, la Sede Apostólica concederá a la misma autoridad eclesiástica territorial la facultad de permitir y dirigir las experiencias previas necesarias en algunos grupos preparados para ello y por un tiempo determinado.

3) Como las leyes litúrgicas suelen presentar dificultades especiales en cuanto a la adaptación, sobre todo en las misiones, al elaborarlas se empleará la colaboración de hombres peritos en la cuestión de que se trata.

#### IV. FOMENTO DE LA VIDA LITÚRGICA EN LA DIÓCESIS Y EN LA PARROQUIA

##### *Vida litúrgica diocesana*

41. El obispo debe ser considerado como el gran sacerdote de su grey, de quien deriva y depende, en cierto modo, la vida en Cristo de sus fieles.

Por eso, conviene que todos tengan en gran aprecio la vida litúrgica de la diócesis en torno al obispo sobre todo en la Iglesia catedral; persuadidos de que la principal manifestación de la Iglesia se realiza en la participación plena y activa de todo el pueblo santo de Dios en las mismas celebraciones litúrgicas, particularmente en la misma Eucaristía, en una misma oración, junto al único altar donde preside el obispo, rodeado de su presbiterio y ministros.

##### *Vida litúrgica parroquial*

42. Como no lo es posible al obispo, siempre y en todas partes, presidir personalmente en su Iglesia a toda su grey, debe por necesidad erigir diversas comunidades de fieles. Entre ellas sobresalen las parroquias, distribuidas localmente bajo un pastor que hace las veces del obispo, ya que de alguna manera representan a la Iglesia visible establecida por todo el orbe.

De aquí la necesidad de fomentar teórica y prácticamente entre los fieles y el clero la vida litúrgica parroquial y su relación con el obispo. Hay que trabajar para que florezca el sentido comunitario parroquial, sobre todo en la celebración común de la Misa dominical.

#### V) FOMENTO DE LA ACCIÓN PASTORAL LITÚRGICA

##### *Signo de Dios sobre nuestro tiempo*

43. El celo por promover y reformar la sagrada Liturgia se considera, con razón, como un signo de las disposiciones providenciales de Dios en nuestro tiempo, como el paso del Espíritu Santo por su Iglesia, y da un sello característico a su vida, e incluso a todo el pensamiento y a la acción religiosa de nuestra época.

En consecuencia, para fomentar todavía más esta acción pastoral litúrgica en la Iglesia, el sacrosanto Concilio decreta:

##### *Comisión litúrgica nacional*

44. Conviene que la competente autoridad eclesiástica territorial, de que se habla en el artículo 22, párrafo 2, instituya una comisión litúrgica con la que colaborarán especialistas en la ciencia litúrgica, música, arte sagrado y pastoral. A esta Comisión ayudará en lo posible un instituto de Liturgia Pastoral compuesto por miembros eminentes en estas materias, sin excluir los seglares, según las circunstancias. La Comisión tendrá como tarea encauzar dentro de su territorio la acción pastoral litúrgica bajo la dirección de la autoridad territorial eclesiástica arriba mencionada, y promover los estudios y experiencias necesarias cuando se trate de adaptaciones que deben proponerse a la Sede Apostólica.

##### *Comisión litúrgica diocesana*

45. Asimismo, cada diócesis contará con una Comisión de Liturgia para promover la acción litúrgica bajo la autoridad del obispo.

A veces, puede resultar conveniente que varias diócesis formen una sola

**Vivir la liturgia en la parroquia (SC 40-46)**

Comisión, la cual aunando esfuerzos promueva el apostolado litúrgico.

*Comisiones de música sagrada y arte sacro*

46. Además de la Comisión de Sagrada Liturgia se establecerán también en cada diócesis, dentro de lo posible, comisiones de música y de arte sacro.

Es necesario que estas tres comisiones trabajen en estrecha colaboración, y aun muchas veces convendrá que se fundan en una sola.

**CUADERNOS DEL CONCILIO 8**

Se terminó de imprimir en XXXX de 2023  
en Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.,  
Centeno 162-1, Col. Granjas Esmeralda,  
Iztapalapa, C.P. 09810, Ciudad de México.

La edición consta de XXXX ejemplares más sobrantes para reposición.